



Alberto Fuguet habla de *Las películas de mi vida*

"Este libro, más que otros, está hecho desde el inconsciente"

Publicada recientemente por Alfaguara, la nueva novela del autor entra a la sinemología para hacer detonar, con la distancia de los años, nuevas miradas al mundo que comenzó a emerger, en 1991, con *Mala Onda*, un sitio donde no es necesario que se mueva la tierra para que se desplomen las casas y se sepulsen familias.

La conservación ocurre exactamente un mes antes de la aparición de la novela. Aún no hay libro sobre la mesa, sino una preimpresión arrojada de más de un kilo de peso y dos tachos con café. Alberto Fuguet está entrevistando a las primeras opiniones. Han pasado más de cinco años desde la aparición de *Esta vez*, y contrasta a la que podría esperarse, a la claridad y altas expectativas que hay, el hombre está tranquilo después de un periodo intenso de trabajo. Para eso le sigue leyendo el periodismo: reportajes, busca, relee y cotilloga. Y para eso debe prepararse, juntar las empujadas, transcribir tanto como cuando se trata de crítica. Aunque no escriba todos los días. "Para ambos casos, hay un instante que es ciento por ciento", dice, "porque vas a entrar a un lugar donde nadie más puede entrar. Siento que en esta novela me animé bastante, en ciento veinte años es mucho, pero tampoco creo que estoy en duda. No es que deba este libro. No creo que haya que escribir tanto. Hay tiempo para todo y ahora me toca".

Pero no han sido años con las manos en los boleros. Entre medio hay cine, mucho cine, en el papel y la pantalla, y también muchos periodismos, mucha crítica y un compilado notando. *Primera parte*, todo lo que hay, más todo lo que viene, irá a una caja que con el tiempo Fuguet repeta amigos, cuando película fuerte las escenas como las producciones y las dirigidas por él.

Lo de la caja que no es metálica, es un proyectil bien ensamblado. De momento, está dentro todos sus libros, en formato de boliches y con la misma estética. Pero entre medio hay otras cosas, hay pasajes, audiciones y proyectos que comienzan a tomar cuerpo, notificados, como él dice, "por un deseo inconsciente de entregarse, de dejar de ser escritor joven. Este no es un libro joven, a pesar de que es sobre un niño. Para escribir sobre la infancia hay que ser maduro".

Ya estamos hablando de *Las películas de mi vida*, de la historia de Beltrán Soler, un sinemólogo que sabe tanto de terremotos y catástrofes como de catástrofes personales. Llega a cuentas el desarrollo de su propia familia que subió a Chile tras una larga temporada en Estados Unidos. Ya adulto, en un viaje con escenas ruidosa a

Lapón, Beltrán decide parar, bajarse y convertirse, a través de cincuenta películas, las cincuenta películas de su vida, a remover sus propios ensueños, decidido a inscribir lo que aún queda en pie. El camino será inferno, desde el 61 al 84, desde que era un niño transplanteado hasta que comienza a verse hombre o, al menos, a enfrentar la vida intentando pensar puntalones largos.

MINOR BARBA

—**Me da la idea de que cierras un círculo con esta novela o, más bien, que te has desarrollado a través.** En el papel, cubrimos cuando el personaje conoce a Matías Vicuña y el mundo de Mala onda.

—Claro. Se tapó. Las películas de mi vida es como una precuela, algo así.

—**Pero Beltrán es un personaje mucho más valiente que Matías.**

—Sí, claro. Te lo compro. Lo comparto. Creo que el personaje es más valiente, es capaz de

hablarse sin quebarse. Matías es un tipo que se duda a la primera.

—**A pesar de que se construye desde el desamparo.**

—Sí, es alguien que está tratando justamente de armarse, de hacerse.

—**Te viene muy en cuenta lo hecho en Mala onda?**

—No.

—**No, fíjate. Quizás solo cuando supe que era la novela anterior, cuando capí que no tenía que continuar con Beltrán Soler hasta los 80 años, cuando me di cuenta de que este libro era más sobre la infancia, sobre crecer. Ya toqué el tema adolescente. Quizás desahogado. Ahí recién pensé en Mala onda y me dio mucho gusto cuando me acordé de que ya había tocado ese tema. Fue un alivio. Mi deseo, una de mis metas, era que el libro no resultara eterno. Pensaba en un libro largo, pero cierto que abarcara muchos años, mucha gente, pero que no quedara de 900 páginas. Es más fácil escribir largo que corto. Fue complicado reducirlo. Siento que se comenzó... en coña, se habla de una reducción cuando, digamos, un libro de algo se reduce a 100 o 200. Mala onda,**

por ejemplo, dura diez días y en casi más larga que esta novela. La idea era abarcar treinta años, pero cortos, apretados.

—**Es una novela buena onda.**

—Sí. Me gustaría pensar que sí. Sé, puede ser, no lo había pensado. No creo que su título sea buena onda, pero sí creo que es más sobre los sentimientos positivos que sobre los negativos.

—**¿Aún sientes que estás escribiendo el mismo libro o, al menos, que se trata de la misma piel donde te instalas?**

—Sí, lo tengo totalmente asumido y no me molesta. Al revés.

—**¿Cómo ves la evolución como autor en todos estos años trabajando el mismo tema?**

—Es que tampoco es a propósito. Los temas, aunque suene un poco ridículo, son los que se encuentran y a la larga... en que tampoco tengo tanta imaginación. Si cada día me cuenta más escribir, entonces perfecto tocar temas que me son cercanos y con los que tengo empatía, en vez de algo lejano.

—**A distancia de los otros trabajos, veo que en esta novela hay mucha más honestad.**

—Al menos, al menos no tanta rabia. A pesar de que ocurren cosas casi perfectas que en *Mala onda* o en *Por favor, rehénate*. Ojo, que no es lo mismo escribir una página a los 25 que cuando uno es casi tiene el. Creo que uno siempre va cambiando la voz. Además, un escritor realmente comienza a hacerse cargo de su cuento pasado 35 años. En esta novela tuve más control y fui más piadoso con los personajes, los entiendo más a todos.

—**Se van a preguntar mucho por lo autobiográfico.**

—Y está bien. Estoy muy tranquilo con eso. No lo he intelectualizado todavía, quizás está muy nuevo y eso que lo termine hace más de un año, aunque parece que es cierto que un libro se escribe hasta que alguien lo lee. Si creo que Beltrán es valiente, me acuerdo. Lo que a mí me importa es que el personaje exista, que la gente pueda hablar de él como si fuera mí, más allá que lo sea.

—**Pero igual está la materia prima personal.**

—Eh, que, probablemente, si hay mucho de materia prima personal. Es el sentido de que comparto algunas cosas cercas con él y esas cosas no son mías. Me acuerdo de los discursos, me acuerdo la narrativa. En vez de hablar de autobiografía, porque tampoco es una memoria, me parece que el tema es "creación". Muy cercano. Por las cosas que tiene de verdad y, sobre todo, por el grado de cariño que le tengo a Beltrán. Incluso, en cualquier caso, han sido así. Pero tampoco son tiempos. No creo que los libros sirvan de terapia. Si sirven para transformar la memoria en historia.

CHICO SINAMCO

—**¿Cómo llegaste a la sinemología?**

—Para más precisión siempre he tratado de buscarles una profesión. No me convenía mucho que sean y hagan cosas parecidas a quien las escribe. Eso es un mal de la literatura hispanoamericana y española.

—**¿Cuando investigaste, era como la infancia?**

—Era mucho mejor. Creo que de niño habíamos en Antofagasta y yo quería algo chelero, con esa mirada, porque escribo desde esta guerra del mundo. Y ocurrió que un día, viendo tele, apareció un tipo que era



"En esta novela tuve más control y fui más piadoso con los personajes, los entiendo más a todos [...] tiene que ver con cómo yo vi que era Santiago, con el modo en que aprendí que era Chile".

sinemólogo. Salí apenas 30 segundos y por ahí nació el personaje. Luego, cuando hablé con ellos, cuando conocí cómo piensan y cómo ven el mundo, capí que tenía más material del que pensaba. No solo datos, sino una moral, una política sinéctica, digamos.

—**Hay un episodio en la novela que anota Beltrán, su película y la vigilia de San Cristóbal que ellos sienten que los mira del mismo modo que ocurre con el final de Mala Onda: Matías Vicuña en bicicleta y la vigilia a sus papales.**

—Puede ser, puede ser...

—**¿No la conexión tonta, pero no al al está a propósito, aunque sí, claro, es verdad.**

—Habría estado así, pero no tengo idea por qué me fijo en ella. Este libro tiene que ver con cómo yo vi que era Santiago, con el modo en que aprendí que era Chile. Hace algunos años me hubiera puesto a pelar contigo y te hubiera dicho: "¡Jueves, estás viendo cosas que no hay!", pero ahora creo que este libro, mucho más que los otros, está hecho desde el inconsciente, por lo que puede estar lleno de eventos y situaciones que no tengo idea que están. Como escribo medio en trance, me olvido de lo que hago. Supongo que eso me protege. Si no, me daría demasiada vergüenza.

—**¿Será por eso que también hay muchas ideas que sobrepasan a los temas ingeniosos?**

—Cuando dicen que "las estadísticas son la poesía de los científicos, un mundo capado en una cifra", por ejemplo.

—No se de dónde salió, tampoco... voy a volver a lo del sinemólogo y la profesión de los personajes, ya que lo que se tiene es tema me molesta mucho que todos mis libros sean "sobre Alberto Fuguet", sobre el autor, como ocurre con algunos españoles que se asumen como personajes y andan por la vida reflexionando sobre la literatura. La verdad es que no sé de dónde salen esas cosas y esas ideas, si del cine, si de una entrevista a Richard Price, no sé, pero te refiero, la profesión de los personajes no es casualidad, no es gratuita. Desde ahí sale y se perfila tu personaje y, por lo tanto, todo tu libro.

—**¿Sin exagerar demasiado, la novela tiene varias páginas inquietantes. En la tel en un plus 10 y a una ciudad del mar que, se supone, va a salir cuando venga el temblor fuerte que esperamos.**

—Hay varios cruces en eso. La sinemología y el colapso de los terremotos tienen que ver con la memoria, con que el ser humano vuelve a cometer los mismos errores. Y eso se conecta con las historias de las familias, con la vida de las personas. Igual me encantaría que se produjera un poco de mundo. En todo caso, el libro, el libro era mucho más loco y seguía algunas cosas: tenía con tablas, con datos de qué hacer en caso de terremotos, mucho más en la línea de *Por favor, rehénate*. Desde de todo, creo que quedó bastante contenido: la estructura no se come a la novela.

—**Y es más de personaje.**

—Claro, prima eso. La sinemología me dio muchos materiales para utilizarlos como voces comunicativas junto con el cine. Los sinemólogos trabajan en algo que es muy parecido a lo que hacen escritores y que no sirve para nada, porque un temblor no puede predecirse y tampoco lo pueden curar. No es una ciencia aplicada, es ciencia, el arte por el arte... como el ballet. Me da cuenta de que hay que ser muy respetuoso para ser sinemólogo. El día que se puedan predecir, todo el mundo científico se quedará callado. ¿Activistas en Antofagasta que va a haber un terremoto grado nueve en cuatro horas más?

—**¿Es saber vivir con la amenaza.**

—Todos vivimos amenazados, pero no sé por los terremotos. El mismo es un poco el drama sin metáfora, es acción pura. Y digo cómo se incorpora eso en el habla popular: "se me movió el piso", "se me vino todo abajo". Si no sabes cuándo va a pasar, qué va a ocurrir, como tampoco lo sabes muy bien en tu vida privada. La novela es también sobre la caída de una familia, sobre la caída de un país. Es acerca de cómo un chico sobrevivir un terremoto grado nueve.

ENTREVISTA

Fuentes para el conocimiento de Pablo Neruda [artículo] Jorge Román.

Libros y documentos

AUTORÍA

Román Rodas, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fuentes para el conocimiento de Pablo Neruda [artículo] Jorge Román.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile